

# Palma y Zorrilla<sup>1</sup>

Oswaldo Holguín Callo  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Academia Peruana de la Lengua  
Oswaldoholguin@gmail.com  
Lima-Perú

## Resumen

En este artículo se describe la relación de los autores románticos peruanos con la literatura española, con especial atención en los vínculos de José Zorrilla con el grupo de «bohémios» que Ricardo Palma retrata en su libro *La bohemia de mi tiempo* y, principalmente, las relaciones de Zorrilla con el autor de las *Tradiciones*. Ambos escritores mantuvieron un fluido intercambio epistolar y se conocieron en Madrid cuando Palma estuvo allí como enviado peruano a las celebraciones del cuarto centenario colombino. Además de los vínculos sociales, se resaltan las influencias literarias de Zorrilla sobre la escritura de los «bohémios» y del propio Palma.

**Palabras clave:** Palma, Zorrilla, Bohemia de mi tiempo, intercambio epistolar.

## Abstract

*This article describes the relationship of Peruvian romantic authors with Spanish literature, with special emphasis on Jose Zorrilla's connections with the group of "bohemians" that Ricardo Palma portrays in his book *La bohemia de mi tiempo*, and mainly Zorrilla's relationship with the author of *Tradiciones*. The two writers had a fluid epistolary exchange and they met in Madrid when Palma was there as a Peruvian envoy for the celebrations of Columbus' fourth centenary. In addition to the social connections, Zorrilla's literary influences on the writing of the "bohemians" and Palma himself are highlighted.*

**Keywords:** Palma, Zorrilla, Bohemia de mi tiempo, epistolary exchange.

---

1 Versión ampliada de la sección correspondiente a Ricardo Palma del artículo publicado en el *Boletín de la Real Academia Española (BRAE)*, bajo el título «Zorrilla y los románticos peruanos (Palma, Corpancho e Ingunza)». Véase la bibliografía.

## Oswaldo Holguín Callo (Perú)

Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú y profesor principal de su Departamento de Humanidades. Ha publicado los libros *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*, *Páginas sobre Ricardo Palma, Poder, corrupción y tortura en el Perú de Felipe II* y *Cafés y fondas en Lima ilustrada y romántica*, y artículos en revistas del Perú y España. Ha editado *Tradiciones peruanas de Ricardo Palma* (Quito) y *Los Cronistas del Perú (1528-1650)* de Raúl Porras Barrenechea, y coeditado *La correspondencia inédita de Lola Rodríguez de Tió a Ricardo Palma...* (Puerto Rico). Dirige la biblioteca de autor de Ricardo Palma en el portal [cervantesvirtual.com](http://cervantesvirtual.com) de la Universidad de Alicante. Es miembro de número de las Academias Nacional de la Historia y Peruana de la Lengua, y el Instituto Ricardo Palma.

## Antecedentes

Algunos años después de alcanzar la independencia las colonias de Hispanoamérica continental, las nuevas Repúblicas creadas sobre tan extensa geografía advirtieron el surgimiento de unos jóvenes talentosos que componían sentidos versos, escenificaban tormentosos dramas y publicaban lagrimosas narraciones, obras iniciáticas que revelaban a leguas el fuerte influjo de los modelos literarios reinantes a la sazón en la vieja Europa. Eran los románticos, ardorosos cultores de la libertad, de su ideología, el liberalismo, y de los valores republicanos. En la capital del Perú, Lima, constituyeron un grupo ganoso de obtener laureles en la disputada lid literaria y parabienes de parte de la élite social, así como de merecer, por qué no, un lugar destacado en el inexistente aunque anhelado parnaso nacional. Corría 1846 cuando se manifestaron los primeros, apenas adolescentes, revelando notoria inclinación a la lectura literaria e histórica y atrevida incursión en los predios de la poesía al uso (y abuso) de la época, el romántico. La historia de la literatura peruana los conoce como «bohemos» porque así los llamó, con fraterna nostalgia, el más conocido y notable de todos, Ricardo Palma, en su entrañable ensayo memorialista *La bohemia de mi tiempo* (1886), obra que, con información de primera mano, pinceladas de época y sabrosas anécdotas, esboza los primeros años de actividad grupal y producción artística de veinticinco «bohemos», elenco que peca tanto por defecto como por exceso. Nacidos, la mayoría, entre 1828 y 1837, su auroral presencia en los medios periodísticos hizo ver a quienes estaban al mando que los animaban grandes pretensiones, como la de tener un nombre respetado en la supervalorada arena literaria. En el Perú republicano, constituyeron el primer grupo de escritores movidos por ideales, estética, paradigmas, etc., semejantes y comunes, lo que ha dado sustento para llamarlo la «generación romántica», algo no muy exacto pues pertenecieron a más de

una, señal clara de la larga vigencia de su escuela (Oviedo, 2012, p. 13).

A los románticos peruanos y, en general, a los hispanoamericanos, la crítica literaria del siglo veinte no les ha reconocido, salvo excepciones, originalidad ni luz propia, sino sobradas pruebas de copia o imitación, amén de otras máculas<sup>2</sup>, juicio que, enhorabuena, hoy se halla en revisión merced a nuevos enfoques. A fin de lograr una valoración más asistida, hace falta, entre otros análisis, que la historia literaria tanto como la intelectual esclarezcan sus estrechos vínculos con los modelos europeos, en particular los españoles. Lectura personal y en grupo, representación teatral, alocuciones y declamaciones, aprendizaje metódico, enseñanza colegial y universitaria, amistad personal y epistolar, labor editorial, estudios críticos, etc., son campos por explorar a fin de descubrir los múltiples contactos que mantuvieron las élites intelectuales hispanoparlantes de ambas orillas durante el siglo XIX. Es una historia que aguarda ser escrita con más investigación.

## Los románticos peruanos y la literatura española

La Independencia del Perú ocasionó la absoluta quiebra de los vínculos políticos que lo habían ligado a España durante cerca de tres siglos. En 1824, fue derrotado el ejército real en Ayacucho, pero solo en 1879 ambos Estados establecieron relaciones diplomáticas en regla y sin condiciones. Si los vínculos políticos desaparecieron, y también en gran medida los económicos, los sociales no se cortaron totalmente, pues muchas familias conservaron los lazos que las unían a sus parientes del otro lado del Atlántico, no obstante las dificultades de todo

---

2 Por ejemplo, José de la Riva-Agüero y Osma en su *Carácter de la literatura del Perú independiente. Tesis para el bachillerato en Letras*, pp. 83-84.

tipo que se ofrecían para mantenerlos. Por cierto, el drástico cambio operado redujo severamente la presencia de españoles en el Perú<sup>3</sup>; los que se quedaron tuvieron que obtener cartas de naturaleza o permisos especiales, pero hacia los años 1830 y 1840 la situación fue variando a favor de admitir su presencia, lo que facilitó la llegada de algunos inmigrantes. En cuanto a la cultura, la secular presencia hispana en el solar peruano dejó honda huella, tornándose imposible borrar sus múltiples expresiones, las cuales, adaptadas y mestizadas, formaban ya parte esencial del acervo del nuevo pueblo<sup>4</sup>.

Testigos, primero, y más tarde actores de las primeras décadas de vida republicana, los «bohemos» conocieron desde la infancia los desórdenes suscitados por el caudillismo y la falta de tradiciones democráticas, pero también disfrutaron de la relativa estabilidad lograda por el primer gobierno del mariscal Ramón Castilla (1845-1851), cuando varios culminaron su educación secundaria y algunos hasta su formación profesional. Al emerger en un medio bastante politizado, no ajeno al partidismo personalista, bien pronto, siendo incluso colegiales, manifestaron opiniones sobre la *respublica*. Al igual que en los demás países de la región, por esos años imperó en el Perú un sentimiento antihispano bastante extendido entre el pueblo y la élite, el cual tuvo algunas expresiones intelectuales, como las del coronel Juan Espinosa, veterano de la Independencia, periodista y político uruguayo radicado en Lima,

amigo de muchos románticos, autor de *La herencia española de los americanos. Seis cartas críticas a Isabel Segunda* (1852), obra

3 Entre otros factores, la terrorista persecución a los españoles dispuesta por Bernardo Monteagudo, brazo derecho del general y protector José de San Martín, alejó a miles de peninsulares de Lima.

4 Algunos aspectos tocantes al ámbito hispanoamericano han sido abordados por Carlos M. Rama en su *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*.

que revela las tendencias predominantes entre los hombres de pensamiento y acción de la época: romanticismo liberal, crudo antiespañolismo y beato optimismo democrático (Holguín, 2002, p. 657)<sup>5</sup>.

En efecto, el discurso liberal que campaba solía expresarse hispanóphobo y los jóvenes lo abrazaban sin mayores reparos, pues no confesarse liberal era casi como retar a duelo a la sociedad toda (*loc. cit.*). Los «bohemos» se formaron en ese ambiente antihispano, producto de la reciente Guerra de Independencia, tuvieron como maestros y guías a hombres que habían actuado en ese conflicto, los más en el lado patriota, entre los cuales algunos guardaban hondos resentimientos contra España y los españoles, como Espinosa. Sin embargo, «la reacción conservadora antiliberal se produjo cuando el sacerdote Bartolomé Herrera, rector del prestigioso Colegio de San Carlos, en las notas del célebre sermón que pronunció en 1846, afirmó que el Perú había sido creado por la Conquista, que la enemistad a España era contraria al Evangelio porque predicaba el odio a nuestros padres, etc.» (*loc. cit.*; y Porras Barrenechea, 1963, pp. 478 y 479). También operaron factores a favor de la antigua metrópoli, como la presencia de vecinos de origen hispano que por sus actividades y productos intelectuales podían ejercer cierto liderazgo. Entre ellos, estuvieron los escritores y educadores José Joaquín de Mora, Francisco Miranda y Vengoa, Sebastián Lorente (Palma, 1855, p. 77, y 1899a, p. 4) y Fernando Velarde, considerado por Palma «el capitán de la bohemia» y, sin duda, el más influyente en materia literaria (Palma, 1899a, p. 5; y Varillas Montenegro, 2005-2006); los actores Mateo O’Loughlin y Pelayo Azcona, y muchos más; los militares Blas Cerdeña y Juan Pardo de Zela, el librero Pérez, el impresor José María Masías, el empresario Nicolás Rodrigo, los

5 Véase también Porras Barrenechea, *Fuentes históricas peruanas. (Apuntes de un curso universitario)*, pp. 478 y 479.

periodistas Juan Martín Larrañaga y Casto Iturralde (Holguín, 1994, pp. 576, 590 y 592), así como los hermanos Felipe y José Pardo y Aliaga, limeños que se habían educado en Madrid, en el colegio de Alberto Lista, pero habían optado por la nacionalidad peruana. No debe preterirse la presencia de toreros y cantantes de zarzuela, algunos de los cuales suscitaban extendida simpatía popular.

La actitud hacia España de los peruanos en general y, desde luego, de los románticos, no estuvo alejada de los acontecimientos internacionales que involucraron a la exmetrópoli, como la frustrada Expedición «Floreana» (1846), desventurado proyecto militar y político dirigido a establecer una monarquía en el Ecuador que un «bohémio» precoz con perfil de líder, José Arnaldo Márquez, condenó severamente cuando solo contaba quince años<sup>6</sup>. Sin embargo, la opinión de muchos hacia España cambió con el paso de los años y, precisamente, aquel que fuera adolescente y ahora contaba treinta calendarios confesó su favorable parecer (1861):

No participamos de la tendencia comúnmente atribuida a nosotros, americanos españoles, a despreciar cuanto concierne a la España. No solo hacemos justicia a la grandeza del pasado sino que miramos con sincera i viva simpatía el movimiento de progreso que se observa hoy en ella, i que parece prometer la resurrección de su antigua prosperidad (Márquez, 1861, pp. 7-8).

Era verdad, la situación de los españoles en el Perú había sido bastante halagadora, y Márquez la refirió así:

<sup>6</sup> Es muy probable que fueran suyos los artículos políticos antihispanos suscritos por A. M., elogiados por *Los Redactores* por provenir de un joven de quince años, publicados en *El Correo Peruano* (Lima) de 17 nov. y 9 dic. 1846. Sobre la Expedición «Floreana», véase Basadre, 2005, 5, pp. 100-102.

Casas españolas acaban de obtener del gobierno peruano comisiones que son consideradas como la fuente segura de grandes fortunas; i no son escasos, por cierto, los ejemplos de capitalistas i hombres influyentes en el país, que de España fueron al Perú sin otro capital que su trabajo i la hospitalidad de aquellas jentes [sic] (*ibid.*, p. 14).

No obstante, a poco el antiespañolismo iba a resurgir con mucho vigor y patriótica pasión a raíz de los insólitos hechos perpetrados por políticos y marinos ibéricos destacados en el Pacífico sudamericano, en perjuicio del Perú y de Chile, los cuales dieron lugar a la guerra que desembocó en el combate del Callao, el 2 de mayo de 1866, en la que algunos «bohemos» se convirtieron en verdaderos rapsodas del pueblo peruano, indignado y dolido por el menoscabo de la soberanía nacional<sup>7</sup>.

En los años 1840 y 1850, aunque la hispanofobia heredada del periodo final del Virreinato y, sobre todo, del borrascoso tiempo de la Independencia, se dejaba oír, hubo un producto cultural español que no solo contó siempre con admiradores sino que de un tiempo a esa parte se ofrecía con nuevo atractivo y magia deslumbrante: la lengua castellana. El triunfal desarrollo de la literatura romántica permitía su amplia difusión a través de las ediciones de los autores más reputados, y también de algunos de segundo nivel, no menos que del cultivo apasionado y hasta obsesivo de la lectura. La lengua de Cervantes, desplegada por los escritores de moda con sus mejores galas y arreos, cautivó profundamente a las élites peruanas, haciendo adeptos fidelísimos, sobre todo, entre los jóvenes románticos. Palma recordó así tan fervoroso culto:

---

7 Cf. García Barrón (comp.), 1979, *passim*. Un estudio de la producción de los «bohemos» Márquez, Palma y Paz Soldán y Unanue (*Juan de Arona*) en esa coyuntura, en Martínez Riaza, 2004.

[...] la juventud a que yo pertencí fue altamente hispanófila. El nombre de España, aunque no siempre para ensalzarlo, estaba constantemente en nuestros labios; y en las representaciones del *Pelayo* aplaudíamos con delirio los versos del gran Quintana, como si fuesen nuestros el protagonista y el poeta, y nuestra la patria en que se desarrollaba la tragedia. La vida colonial estaba todavía demasiado cerca de nosotros... Los americanos de la generación que se va, vivíamos (principalmente los de las Repúblicas de Colombia, Centro-América y el Perú) enamorados de la lengua de Castilla. Éramos más papistas que el papa, si cabe en cuestión de idioma la frase (Palma, 1899d, pp. 227-228).

Contradictoria y curiosa era esa situación, pues mientras el discurso político, sobre todo el liberal, condenaba a España por su dominación colonial, el castellano, uno de los legados de ese periodo, embelesaba a algunos –la juventud letrada que miraba a Europa– y los transportaba al universo de ese país lejano, exmetrópoli presente nada menos que en la realidad cotidiana y forzosa de la lengua, sin mencionar la legislación, las costumbres, la religiosidad y tantos otros aspectos de la cultura. Así, admiración y rechazo, adhesión y censura, fueron sentimientos concurrentes frente a España y lo hispánico entre no pocos peruanos. Si la Guerra de Independencia había dejado graves resentimientos, también, por una exigencia psicológica, la nueva nacionalidad requería afirmarse oponiéndose a la española porque el ser distintos –peruanos– exigía tomar distancia de quienes poco antes habían señoreado en la parte de América que ahora era su única patria (Holguín, 2000, pp. 236-237).

Un rápido examen de las inserciones literarias publicadas en los primeros cinco años del diario limeño *El Comercio* (1839-1843) arroja, al menos, los nombres de los siguientes escritores

peninsulares: Alcalá Galiano, Arolas, Bermúdez de Castro, Bretón de los Herreros, Campoamor, Escosura, Espronceda, García y Tassara, Gil y Carrasco, Hartzenbusch, Madrazo, Mesonero Romanos, Mora, Suricalday y Zorrilla (Prado Chirinos, 1974, *passim*). El editorial de un diario limeño –*El Correo Peruano* de 22 de setiembre de 1845– señaló a Zorrilla, Espronceda y Mora como los poetas cuyas obras tenían más suscriptores (Monguió, 1967, p. 308)<sup>8</sup>. No fue menos importante la difusión de revistas literarias españolas y francesas en castellano, de las que los periódicos peruanos solían reproducir composiciones de sabor romántico, como la *Revista de Madrid* (Prado Chirinos, 1974, p. 68), la *Revista Española de Ambos Mundos* (*El Comercio*, 22 nov. 1854, poema de Carolina Coronado), de la cual los editores de *El Comercio*, muchas veces, tomaron poesías, ensayos y crónicas del uruguayo radicado en España Alejandro Magariños Cervantes (*v. gr.* eds. de 21 set. y 22 nov. 1854), el *Semanario Pintoresco Español* y *La Ilustración*, que se ofrecían en venta a fines de 1851 (*La Revista*, Lima, 16 dic. 1851), etc.

Si bien los primeros textos románticos que llegaron al Perú fueron también los pioneros en el mundo latino, vale decir las poesías y las novelas de los franceses Chateaubriand, Hugo, Lamartine, etc., poco después ingresaron las obras de los españoles Espronceda, el Duque de Rivas, Zorrilla, entre otros. Verdad era que un sector de la élite hablaba y leía francés, pero esta lengua requería propagarse para llegar a un público más amplio, a lo que sin duda contribuía el prestigio de la literatura gala; por cierto, circulaban muchas traducciones (véase Holguín, 2014). No enfrentaron ningún obstáculo, en cambio, los textos de los románticos españoles; no se conocen restricciones políticas a su difusión, al contrario, la literatura hispana contó con la preferencia de los «bohemos» por razones

8 Mora debió de influir en el talante historicista de los «bohemos» a través de sus *Leyendas españolas* (Sánchez, 1973-1975, 3, p. 917).

de peso: el dominio de la lengua castellana, el común ancestro cultural, los antecedentes históricos y estéticos, su difusión a través de ediciones diversas (incluso francesas), la simpatía que sus exponentes se ganaron en el medio hispanoamericano, la sensibilidad compartida, las tradiciones familiares, en fin, factores a los que, con seguridad de fiel memorialista, sumó Palma el siguiente:

A los muchachos de mi tiempo se nos forzaba a pasar cuatro años aprendiendo latín y nociones de griego. Esta circunstancia, unida a la de que, en las pocas y pobres librerías de la capital, era difícil encontrar libros en francés, inglés o alemán, influyó para que aquellos jóvenes de mi tiempo, picados por la tarántula de las aficiones literarias, se diesen un hartazgo de lectura con las obras de los grandes hablitas castellanos del siglo XV hasta nuestros días juveniles, en que la batuta de la literatura española estaba en manos de los románticos Espronceda, Zorrilla, Arolas, etc., etc. («Charla de viejo», 1964b, p. 1506).

Consecuencia natural de esa preferencia fue la gran influencia, sin duda, la primera de todas, que los románticos españoles ejercieron sobre sus juveniles pares peruanos, como se ha reconocido desde antiguo<sup>9</sup>. Sin embargo, cabe mencionar que no pocos vates hispanos fueron, a la vez que conductores, intérpretes de los modelos galos. Es archiconocido el testimonio de Palma referido a los autores románticos que los «bohemos» leyeron:

Nosotros, los de la nueva generación, arrastrados por lo novedoso del libérrimo romanticismo, en boga a la sazón,

9 «A partir de esta fecha [1850 o 1848] se nota una nueva tendencia: la imitación directa de la poesía francesa. Sin embargo, siguió predominando la imitación española; y nuestro grupo de románticos, aunque leyera y estudiara asiduamente a Lamartine y Hugo, se inspiraba de preferencia en el romanticismo español» (Riva-Agüero y Osma, 1905, p. 81).

desdeñábamos todo lo que a clasicismo tiránico apestara, y nos dábamos un hartazgo de Hugo y Byron, Espronceda, García, Tassara [sic] y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine; Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García, más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández, hasta en sueños, recitaba las doloras de Campoamor; y así cada cual tenía su vate predilecto entre los de la pléyade revolucionaria del mundo viejo. De mí recuerdo que hablarme del *Macías* de Larra o de las *Capilladas* de *Fray Gerundio*, era darme por la vena del gusto (Palma, 1899a, p. 5)<sup>10</sup>.

Adviértese el predominio de los escritores españoles, reiterado en otras ocasiones por el tradicionista (Palma, 1899b, p. 135; «Charla de viejo» y «De cómo desbanqué a un rival», 1964b, pp. 1438 y 1506; 1949, 1, pp. 331 y 333; y 1911, p. 8). De ello resulta que Espronceda, Zorrilla y Arolas, fueron sus preferidos, uniéndoseles Enrique Gil y Carrasco y Antonio de Trueba. El «bohémio» Luis Benjamín Cisneros, a su turno, recordó «los versos de Espronceda y de Zorrilla que todos recitábamos» en San Carlos, silenciando a los demás (Cisneros, 1939, p. 363).

## José Zorrilla y los románticos peruanos

El vallisoletano José Zorrilla y Moral (1817-1893) fue el romántico español más admirado por los «bohémios» limeños. Menéndez y Pelayo asevera que fue el poeta predilecto de los americanos, y Carilla lo señala como el más conocido en los países del Pacífico (Carilla, 1967, 1, pp. 109-111). Sus poesías se leyeron tempranamente en Lima, donde se publicó

10 El cuadro obedece a un esquema que evita con estudiada estrategia toda reiteración, por lo que no cabe reconocerlo como verdad inconclusa; sin embargo, su validez es evidente (Holguín, 1994, p. 201).

una edición por entregas en 1843<sup>11</sup>. El diario *El Comercio* las reprodujo muchas veces, así como sus traducciones<sup>12</sup>, y otros periódicos hicieron lo mismo, al igual que revistas literarias como *El Talismán* (1846-1847) y *El Ramillete. Didascálico de religión, moral, historia y literatura* (1853) (Osorio, 2017).

Su drama fantástico *Don Juan Tenorio* se representó en diversas temporadas del Teatro Principal, siendo coeditado en 1858 en Madrid y Lima<sup>13</sup>. Su influencia en los poetas peruanos del siglo XIX ha sido destacada por muchos críticos, incluso por el poeta César Vallejo<sup>14</sup>. Los «bohemos» le tuvieron profundo aprecio y respeto, tomándolo como a uno de sus paradigmas: «[...] tan grande era el culto que le tributábamos, los entonces humildísimos estudiantes, que toda nuestra estética se reducía a imitarlo, no solo en las bellezas, sino hasta en las extravagancias de su musa juvenil [...]» (Palma, 1899d, p. 135; y Holguín, 1994, pp. 206-207)<sup>15</sup>. También le confesaron su admiración versistas de una generación anterior, como Ángel Fernando de Quirós, individuo desarrapado con fama de loco y extravagante, que le dedicó el soneto «Al sublime Zorrilla» (Carilla, 1967, I, p. 113).

Residir muchos años en México y Cuba (1854-1866), le permitió a Zorrilla estrechar relaciones con el universo hispanoamericano<sup>16</sup>. El Perú aparece algunas veces en su teatro,

11 Cf. aviso a los suscriptores de *Poesías de don José Zorrilla*, en *El Comercio*, 8 ago. y 18 set. 1843, *apud* Gálvez Barrenechea, 1966, p. 54; *El Comercio*, 28 set. y 28 dic. 1843, y véase también ed. de 10 ene. 1844.

12 Véase eds. de 20 jul., 19 oct., 7 nov. y 6 dic. 1854, y siguientes.

13 *Don Juan Tenorio. Drama religioso-fantástico en dos partes*. Se estrenó en Lima el 16 oct. 1851 (Basadre, 1971, I, p. 358, registro 4656); una reposición ocurrió a comienzos de 1855 (*El Comercio*, 16 ene. 1855).

14 En su *El romanticismo en la poesía castellana* (Lima, 1954), *apud* Navas Ruiz, 1995, pp. 21-22.

15 Véase también Porras Barrenechea, 1934, p. 104.

16 En no pocos casos, Cuba sirvió de puente cultural entre España y sus excolonias: Velarde residió allí antes de pasar al continente, Orihuela, referido más adelante, y Zorrilla, vivieron en la gran Antilla largas temporadas.

como en las comedias *Ganar perdiendo*, con hechos ocurridos en Toledo y 1690<sup>17</sup>, y *La mejor razón, la espada*, escrita sobre una de Moreto<sup>18</sup>.

Manuel Nicolás Corpancho (Lima, 1831 [Holguín, 1980, p. 2]-Golfo de México, 1863) fue un «bohemio» que desde la adolescencia se ligó estrechamente a España y a sus modelos literarios, convirtiéndose en el más entusiasta admirador e imitador de Zorrilla<sup>19</sup>; «el más aventajado» entre sus seguidores «bohemos», «no equivocaba letra de Zorrilla [...]», dice Palma, pues el culto que le tributaba «se transparentaba hasta en su manera de versificar»; incluso se le parecía físicamente y se le «dio en usar idéntico peinado» (Palma, 1899a, pp. 5 y 20; y 1899b, p. 136)<sup>20</sup>. Fue también Corpancho el primer «bohemio» joven que visitó España y otros países europeos. En París, conoció a Zorrilla, el más leído y admirado vate español vivo (Espronceda había muerto en 1842). De vuelta en Lima, le dedicó el poema épico «Magallanes» que Zorrilla agradeció con una carta que, al llegar a Lima, hizo época. Palma recordó el suceso:

Día que mi malogrado colega [Corpancho] marcó con piedra blanca entre los de su corta existencia, fue aquel en que recibió la primera carta de Zorrilla [...] Esa carta corrió de mano en mano entre los bohemos, llamándonos no poco la atención el carácter de letra. La de Zorrilla era clara, de limpios perfiles, bien redondeada y elegante; letra clásica, a lo Palomares y Torío de la Riva. Y nosotros que nos imaginábamos que

17 El personaje *Luisa* expresa con desenfado: «Sentar plaza por ahí / De vireina [sic] del Perú» (Zorrilla, 1852, p. 17).

18 «Y no le dijera yo / Eso que me dices tú / Por la plata del Perú», expresa *Guijarro*, un criado gracioso (Zorrilla, 1847, p. 405).

19 Menéndez y Pelayo afirma que «no tuvo tiempo para emanciparse de la imitación demasiado directa de Zorrilla» (1948, 2, p. 186). Carilla encuentra su influencia en los dramas *El poeta cruzado* y *El barquero y el virrey* (1967, 1, p. 112).

20 También el poeta y «rey de la bohemia», José Pardo, usaba una «melena romántica a lo Zorrilla» (Palma, 1899a, p. 60).

los románticos escribían patas de mosca o garrapatos ininteligibles, dimos en mejorar o reformar nuestra escritura. De mí sé decir que debo a Zorrilla el beneficio de poseer letra legible sin esfuerzo (Palma, 1899d, pp. 136-137).

Zorrilla le reiteró su aprecio en el artículo «Poetas americanos colaboradores del *Nuevo Eco de Ambos Mundos*», reproducido por el diario *El Heraldo de Lima* a fines de 1854<sup>21</sup>. Zorrilla hizo en él francas confesiones de amistad y simpatía hacia Hispanoamérica:

Nuestro periódico, lo hemos dicho mil veces, se escribe para las Américas españolas, país [sic] que amamos como habitado por razas hijas de nuestros abuelos, a cuya fraternidad nos creemos con derechos legítimos, y con cuyas simpatías nos consideramos honrados, si algún día llegan a captárnoslas nuestros trabajos [...] (Zorrilla, 1854, p. 2).

En efecto, encargado de dirigir el *Nuevo Eco de Ambos Mundos*, revista en español publicada en París, confesó que procuraba lograr «la colaboración de ilustrados americanos» y que se proponía abrir para ellos el folletín de la segunda página del periódico, «contribuyendo lealmente al aumento de su fama con la publicidad que sus columnas puedan dar a sus producciones, primera fuerza impulsiva de las alas del ingenio, y primer espacio que para extenderlas y probar la de sus plumas necesitan» (*loc. cit.*), lo que en buen romance significaba que quería contribuir a su reconocimiento internacional. Por entonces, Zorrilla ya había publicado en su revista composiciones del venezolano Abigaíl Lozano y tenía en su poder otras de un joven talento cubano y «del señor D. Nicolás Corpancho, de Lima, a quien debemos una carta y un prólogo que más adelante insertaremos [...]» (*loc. cit.*). El colombiano Torres Caicedo le mereció buena parte del

21 Tomado de *El Eco de Ambos Mundos*. Al parecer, no ha merecido la atención de los zorrillistas. Véase la bibliografía.

artículo, que Zorrilla finalizó prometiendo publicar biografías de poetas americanos difuntos y semblanzas de los vivos, etc. Sin duda, el afamado vate de las leyendas románticas estaba impresionado por los progresos literarios de la América española, que empezaría a conocer de manera directa en París, capital europea que congregaba a varios exponentes de la poesía escrita en esta parte del mundo, y después en México. Su residencia en la capital francesa le permitió aproximarse a una realidad que, por razones políticas y de otras índoles, en España se ignoraba o lograba escasa difusión. Precisamente, por esa misma época el español Francisco de Paula Mellado, editor de la *Revista Española de Ambos Mundos*, en un nuevo prospecto, anunció reformas importantes en su revista, de la cual eran colaboradoras las principales plumas hispanas del momento, como el trabajo de unos «redactores corresponsales en América», lista integrada por varios argentinos (Mellado, 1854, p. 3)<sup>22</sup>.

Después de los románticos, escritores de otras escuelas literarias prosiguieron el culto de Zorrilla o incursionaron en el estudio de sus obras, como Carlos Rey de Castro, secretario del modernizante y contestatario Círculo Literario, quien leyó un «Juicio sobre Zorrilla y el *Tenorio*» en una de las veladas de Clorinda Matto de Turner (1888) (Sotomayor, 2017, p. 149).

## Ricardo Palma

Palma (Lima, 1833-Miraflores, 1919) fue siempre un rendido y declarado admirador de la poesía de Zorrilla, tanto que no dudó en confesar más de una vez que en los primeros versos que escribió «hay no poco que refleja a Zorrilla, a Espronceda y a otros grandes poetas románticos...» (Palma, 1911, p. 8), influencia que,

22 Véase Rubio Cremades, «Hispanoamérica y España a mediados del siglo XIX. El editor Francisco de Paula Mellado y la *Revista Española de Ambos Mundos*».

por cierto, los críticos han confirmado<sup>23</sup>. Tan presentes tenía su ejemplo y sus populares obras teatrales que, a los diecisiete años y escudado por el anónimo, se valió de los personajes más conocidos de ellas para escribir una graciosa versada y poner en solfa las representaciones de los dramas zorrillescos que daban en escenificar los estudiantes de los Colegios de San Carlos y de la Independencia (o de Medicina) (Holguín, 1994, pp. 165-168), a quienes él conocía bien. La poesía en forma de carta, titulada «La comedia casera. Quevedo a Zorrilla», se publicó en *El Comercio* suscrita por *Quevedo*; era una picante sátira, plena de alusiones personales, motivada por una representación de «Don Juan Tenorio» en los claustros del Colegio de la Independencia (*El Comercio*, 10 de abril de 1855):

De la mansión infernal  
 donde por mis chistes vivo,  
 querido Pepe te escribo;  
 que a no hacerlo, fuera esquivo  
 con bardo tan inmortal.

Durmiéndome sosegado  
 con los diablicos me estaba,  
 cuando escucho que estallaba  
 tal risa, que dolor daba  
 al diablo más endiablado.

Era que entre bastidores

<sup>23</sup> Carilla descubre su influencia en el drama «Rodil» (1967, 1, p. 112). Un temprano crítico del drama palmino que veló su nombre y se firmó *Aristófano*, seguramente Manuel Atanasio Fuentes, lo llamó «desacertado imitador de Zorrilla» en 1852 (Holguín, 1994, p. 332, véase también las pp. 206-207). Igualmente, César Miró le encuentra notas zorrillescas (1953, p. 51). Angélica Palma certifica que su padre leía «orientales de Zorrilla» (1933, pp. 32-33). Ejemplos del orientalismo poético de Palma son sus composiciones «Jerusalem» (1853) y dos del mismo título, «Oriental» (1855, pp. 17-22; y 1912, pp. 67-68 y 148-149, respectivamente).

pintados a mamarrachos,  
con músicos rascadores,  
con recios apuntadores  
farsa hacían los muchachos.

*Juan Tenorio* dan aquí,  
acá *El rey y el zapatero*,  
un papamoscas vi allí,  
acá rey de negro cuero;  
y triste lloré por ti.

Aquí te matan, te estrujan,  
por allá te descuartizan,  
acullá te reburujan,  
más acá, fieras te empujan,  
allende te martirizan.

.....  
Caricaturas formando  
de ti están, los infernales,  
y si te siguen cascando  
te están a los mundos dando  
por mártir de colegiales.

Representa al intendente,  
no te quedés, Pepe, ledo,  
que en este infierno caliente  
quemaremos esa gente.

28 agosto.

*Quevedo (El Comercio, 29 ago. 1850)*<sup>24</sup>.

---

24 Consta de nueve quintillas –omito las más imperfectas– que en *La bohemia de mi tiempo* Palma rebautizó como «Carta de Quevedo a Zorrilla» y convirtió en seis modificadas y una, la quinta, totalmente novedosa: «A un monago con cerquillo / lo vi de *alcalde Ronquillo*; / y vi, Pepe, de igual modo / a una pava con moquillo / luciendo *El puñal del godo*» (Palma, 1899a, pp. 37-38). Fueron descubiertas por Guillermo Ugarte Chamorro (1976, p. 137).

Palma satirizó así la afición escénica de sus camaradas colegiales, dio rienda suelta a su ingénito espíritu burlesco y reveló su amplio conocimiento de «Don Juan Tenorio», «El zapatero y el rey» y «El puñal del godó» (Palma, 1899a, pp. 37-38).

Muchas veces, en obras literarias (prosa y verso) y de otro carácter, Palma mencionó a Zorrilla; ningún autor hispano le mereció más referencias, citas, recuerdos. Solo dos ejemplos: en la polémica teatral que en 1878 sostuvo con el escritor español vecindado en Lima Eloy Perillán Buxó (Monguió, 1976, p. 384), y cuando empleó, como epígrafe, unos conocidos versos en su rememorativa poesía «En una velada literaria en homenaje a Juana Manuela Gorriti» (1887):

Yo soy de los que el tiempo  
que pasa no lamentan,  
de los que nunca miran  
lo que después vendrá,  
de los que siempre ráfagas  
de juventud alientan;  
yo soy de aquellos viejos  
que no lo son jamás.

José Zorrilla (Palma, 1911, pp. 261-262; y Sotomayor  
Martínez, 2017, pp. 54-55).

Cuando ya era dueño de un asentado prestigio literario, cuenta Palma que le envió a Zorrilla un libro suyo, iniciando así «relaciones epistolares»; el vate le avisó recibo «con halagadoras frases, y solicitó le indicase la fuente donde había bebido ciertos datos. Desde entonces cambiábamos, por lo menos, un par de epístolas al año» (Palma, 1899b, p. 137)<sup>25</sup>. Casi sesentón, Palma tuvo el privilegio de recibirlo y abrazarlo en el hotel de Madrid donde se hospedaba como enviado peruano a las celebraciones

<sup>25</sup> Sin embargo, extraña que Palma no le dedicara ni poesía ni tradición.

del cuarto centenario colombino, y de hacerle varias visitas en su domicilio de la calle de Santa Teresa, de todo lo cual ha dejado un cabal testimonio en el primero y más extenso de los «Esbozos» de literatos castellanos recogidos en su *Recuerdos de España*, el muy interesante libro de viaje y memorias sobre su intensa y feliz residencia en la península entre 1892 y 1893 (véase el anexo)<sup>26</sup>. Pues bien, en los amables «Esbozos» no hay frases más sentidas ni emocionadas que las dedicadas a Zorrilla, como las concernientes a su primera y frustrada visita al vate y su posterior y emocionado encuentro. Cuenta Palma que buscó al anciano Zorrilla, en su casa, al día siguiente de llegar a Madrid:

Confieso que, al tomar el cordón de la campanilla, sentí la emoción del niño, yo que nunca he pecado por cortedad de genio. Era que el nombre y la persona del poeta despertaban en mi espíritu un mundo de recuerdos, y que Zorrilla continuaba para mí tan prestigioso y querido como en los días de la juventud... (Palma 1899b, p. 137).

No lo halló pero le dejó una tarjeta. Al día siguiente, Zorrilla, «pequeño y ligero», lo sorprendió en su alojamiento:

Eran las diez de la mañana, y me preparaba a dar con mis hijos un paseo matinal, cuando el criado del hotel [de la Puerta del Sol] me anunció una visita. Entró un anciano que, sin quitarse el sombrero ni pronunciar palabra, empezó por darme un abrazo.

–Zorrilla!!! exclamé, adivinándolo por una de esas misteriosas intuiciones tan comunes en la vida.

---

26 Rubén Darío, que por esa época también se hallaba en Madrid y sabía que Palma escribía un libro de estampas de España, lo animó a publicarlo: «Usted nos dirá de Castelar cosas curiosas...; de Zorrilla, con quien le unía tanta y tan antigua amistad, nos puede referir más de una anécdota interesante...» (Sociedad Amigos de Palma, 1934, p. 260).

[...]

... Zorrilla superó mi ideal. Yo lo escuchaba con verdadero arrobamiento, y mi espíritu estaba suspenso de sus palabras. Desde niño alimenté el deseo de conocerlo y estrechar su mano, y parecíame soñación verlo realizado. Allí, en mi cuarto de hotel, a pulgadas de distancia, estaba el poeta a cuyo genio tributé siempre culto entusiasta, y al abrazarme había sentido palpitar su corazón cerca del mío (Palma, 1899b, pp. 138 y 139-140)<sup>27</sup>.

Dos horas de sabrosa conversación siguieron al efusivo abrazo, en las cuales Palma «le recitó las traviesas quintillas [de la “Carta de Quevedo a Zorrilla”...], el anciano autor del “Tenorio” celebró mucho la colegialada», acarició a los niños y les pidió que le dijeran abuelo (Palma, 1899b, pp. 139-140; y A. Palma, 1926, p. 40). Ese primer encuentro de Palma y sus hijos con el venerable anciano habría ocurrido el 17 de setiembre, hecho memorable que Palma comunicó con alborozo a su mujer (Palma, 1992, p. 50)<sup>28</sup>, Cristina Román, a quien también refirió sus siguientes visitas, como la del 24, acerca de la cual escribió: «El poeta Zorrilla ha estado en casa. Es un viejecito de 79 años, muy encantador. A Angélica le dio media docena de besos ordenándole que, en lo sucesivo, lo llame *abuelito*» (Palma, 1992, p. 58). Las visitas se interrumpieron por el viaje de Palma a Andalucía para participar en las celebraciones colombinas, reanudándose el 15 de noviembre, cuando por la tarde fue a verlo con sus hijos: «Pasé en charla con el querido poeta hasta las cinco...» (Palma, 1992, p. 94).

Entre los temas de conversación no pudieron faltar la mención y el recuerdo de los vates románticos peruanos y de sus obras,

27 Un testigo privilegiado de ese y los siguientes encuentros, Angélica Palma, subrayó también «la emoción de las entrevistas con Zorrilla» (1933, p. 109).

28 El 20 se repitió la visita.

materia que estimaban ambos escritores y sobre la cual Palma podía dar cátedra («La bohemia de mi tiempo»); el tradicionalista recordó lo siguiente:

...Zorrilla era un conversador muy entretenido, y hablaba con benevolencia hasta de sus enemigos. Del Perú solo le eran conocidos versos de Márquez, Salaverry, Llona y Cisneros. Me pidió y le di noticias sobre ellos. Me manifestó su predilección por Arnaldo Márquez, de quien conservaba en la memoria unas estrofas.

Declaro que yo oía como embelesado el elogio de mis compatriotas en boca del gran poeta. Hablaba de ellos con la ternura con que un padre habla de las gracias de sus hijos, y con el afecto del maestro para con los discípulos más aventajados (Palma, 1899b, p. 139).

Zorrilla no hizo memoria de Corpancho, el primer romántico peruano que cultivó su amistad, quizá porque habían pasado más de cuarenta años desde su ya lejano encuentro en París.

Palma, que era un tenaz coleccionista de autógrafos de personajes literarios y no perdía oportunidad para conseguirlos, sirviéndole de maravilla el álbum de su hija Angélica para satisfacer su arraigada afición<sup>29</sup>, no tardó mucho en lograr uno del valetudinario Zorrilla. «Apenas formuló Angélica su deseo, cuando el galante Zorrilla se apoderó del álbum, y en una de sus páginas del centro, escribió, en tres o cuatro minutos<sup>30</sup>, este delicado romance...» (Palma, 1899b, p. 140):

---

29 «El álbum está ahora en poder de Menéndez Pelayo. Después escribirán Valera, Manuel del Palacio, Salvador Rueda, Rubén Darío, Riva Palacio, &a. &a. No bajarán de cuarenta firmas notables las que lleve a Lima» (Palma, 1992, p. 62).

30 Esto no parece exacto pues Zorrilla devolvió el álbum el 27(?) de setiembre, vale decir, algunos días después (*loc. cit.*).

### A Angélica

En tu patria, la del Sol,  
te habló tu padre de mí,  
y de verme te antojaste  
al encontrarte en Madrid.  
Tu padre y yo nos quisimos  
siempre bien, y en tu país  
te diría él de mí algo  
de lo que yo de él aquí.  
Mas ya me has visto, y te he visto,  
y ¡oh peruano querubín!  
ya has visto bien que no soy,  
lo que te han dicho que fui,  
ni más que un viejo ya inútil,  
que hoy se tiene por feliz  
de abrazarte y bendecirte  
un día antes de morir.

José Zorrilla.

Madrid, 28 de setiembre [de 1892] (A. Palma, 1995,  
p. 18)<sup>31</sup>.

Angélica, que ya era una cultivada jovencita a punto de cumplir catorce octubres, le causó muy grata impresión a Zorrilla, tanta que la citó, a la sombra de su padre, en unos versos que compuso con motivo del viejo 1892 y del nuevo 1893, versos en los que hizo memoria de varias figuras notables del centenario colombino, pero solo mencionó a tres escritores americanos –Palma, Zorrilla de San Martín y Darío:

.....  
cuantos con fe o fachenda de América vinieron  
a ver o hacer, su mano poniendo en la labor  
del Centenario; Cánovas el presidente nato

---

31 Versión con ligeros cambios en Palma, 1899b, pp. 140-141.

de cuanto presidible se instala en la nación;

.....  
*la Palma de una Angélica, mi homónimo uruguayo*<sup>32</sup>,  
Chapí, Rubén Darío, Sepúlveda, Bretón,

.....<sup>33</sup>

La adolescente Angélica tuvo así el privilegio de acompañar a notabilidades literarias de España e Hispanoamérica en una de las últimas poesías de circunstancia que compuso el fecundo cantor vallisoletano.

Mientras Angélica formaba un álbum de autógrafos literarios con la alborozada ayuda de su padre, este, en uno de cuero comprado en París, reunió un valioso conjunto de retratos obsequiados por los principales escritores españoles que trató, en cuyas dedicatorias se constata el afecto que le dispensaron; la del autor de «Don Juan Tenorio» decía: «A Ricardo Palma, su admirador, amigo y hermano en Europa, José Zorrilla. O[ctu]bre., 28, 92» (A. Palma, 1926, p. 40; y «Catálogo de la exposición», p. 152, respectivamente). Al efecto, Zorrilla le cursó una escueta pero cariñosa esquelita sin data («mi querido Ricardo»), con la cual, reiterándole no tener «tiempo para más» a causa de la enfermedad de su mujer, le envió la imagen con dedicatoria autógrafa (Palma, 1949, 2, p. 231). Palma la haría reproducir, junto a las, igualmente dedicadas, de Cánovas del Castillo, Castelar, Cheste, Menéndez y Pelayo, Campoamor, Núñez de Arce y Pardo Bazán, en la segunda edición de sus *Recuerdos de España* (Palma, 1992, p. 104; y 1899b, pp. 135, 151, 157, 176,

---

32 Juan Zorrilla de San Martín.

33 Resaltes míos. Bajo el título «1892-1893», los versos salieron en *El Liberal* de Madrid de 1º de enero de 1893 (Alonso Cortés, 1943, p. 927). Palma los envió a su esposa con el encargo de hacerlos reproducir en *El Nacional* de Lima o en el periódico de Clorinda Matto de Turner, que era el bisemanario *Los Andes* (1992, p. 120). Angélica Palma, buena memorialista, también relevó la presencia de los tres (1933, p. 107).

180, 186 y 203). Incansables en su residencia madrileña, el 3 de enero de 1893 los Palma asistieron, en el Teatro Español, a una representación de «Traidor, inconfeso y mártir», el famoso drama «del abuelito Zorrilla» (Palma, 1992, p. 125).

Palma trató a un Zorrilla anciano, enfermo y camino del sepulcro, que sin embargo era capaz de hacer memoria de los buenos tiempos de sus sonados triunfos literarios y escénicos, lo que no le impedía, una y otra vez, hablar de sus males e inminente final. En una de sus visitas, ocurrió el sentido episodio que iba a referir a un corresponsal arequipeño:

Tuve un día entre mis manos la corona con que en Granada ciñó el pueblo español la frente del inmortal Zorrilla, y al besar sus hojas con entusiasmo me dijo el poeta: «Cuidado, don Ricardo, no vaya U. a herirse con las espinas, que no son pocas las escondidas entre esos efímeros laureles». Y, asustado, volví la corona a su sitio<sup>34</sup>,

aunque de otra manera en su *Recuerdos de España*:

...en el saloncito que le servía de escritorio y cuyas paredes estaban adornadas con tarjetas fotográficas... y muchas coronas con las cintas empolvadas, obsequio de las municipalidades de Valladolid, Granada, Barcelona, Valencia y otras ciudades, al ver que yo desprendía una para examinarla más de cerca, me la quitó para limpiarla con un plumerillo, y me dijo con aire melancólico: «Ya lo ve usted, Ricardo, esto es la gloria del poeta... polvo. Eso será pronto también el dueño de la corona»... (Palma, 1899b, p. 146).

34 En carta a Francisco Mostajo, de Lima y 7 nov. 1896 (Palma, 1964a, p. 105). La apoteósica coronación de Zorrilla ocurrió en 1889.

En realidad, los encuentros de Palma con su admirado Zorrilla no pudieron evitar la forzosa tristeza y los malos augurios del vate, aquejado por la decadencia física no menos que por la enfermedad.

El poeta no erró el presagio pues el 23 de enero de 1893 murió a consecuencia de una operación para extraerle un tumor cerebral. Palma, que lo habría visitado el 20, recibiendo el abrazo «de la despedida eterna» (Palma, 1899b, p. 146)<sup>35</sup>, presenció el multitudinario entierro:

El gran suceso de la semana ha sido la muerte de mi viejo amigo el gran poeta D. José Zorrilla. Hace cinco días que la prensa de toda España no se ocupa sino de la muerte del poeta, cuyo entierro ha sido de lo más espléndido que puede uno imaginarse. No sería mejor el de un rey de España. Medio Madrid, doscientas mil almas por lo menos ocupaban el trayecto,

escribió a su esposa dándole cuenta del suceso<sup>36</sup>. Angélica y Ricardito vieron desde el balcón de su alojamiento «al pueblo de Madrid escoltando los restos del último trovador» (A. Palma, 1926, p. 40). El sábado 11 de febrero se celebraron las honras fúnebres del poeta en la iglesia parroquial de Santa Bárbara, ordenadas por la Real Academia Española, a las que asistió Palma (1992, p. 138)<sup>37</sup>. De vuelta en Lima, al hacerse una colecta en España y el mundo hispanoamericano para levantarle

---

35 «Zorrilla ha estado bastante grave en los últimos días, pero ya ha mejorado mucho...», le contó Palma a su esposa en carta de 20 de enero de 1893, pero no dijo haberlo visitado, como sí a Núñez de Arce (Palma, 1992, p. 130).

36 Carta de Madrid y 27 de enero de 1893, dos días después del concurrido funeral (*ibíd.*, p. 132); véase también Palma, 1899b, p. 147.

37 La crónica «Funerales de Zorrilla» de *El Día*, diario de Madrid, de 11 feb. 1893, ed. de la noche, informó que, entre los personajes políticos e intelectuales, asistieron «los representantes del Perú y Colombia».

un monumento a la memoria de su «queridísimo Zorrilla», Palma previno a Leocadio López, su librero en Madrid, que lo suscribiera con veinticinco pesetas (Palma, 1949, I, p. 87). Pero su mejor homenaje al autor de las leyendas y orientales que lo embelesaron en su adolescencia y juventud, fue el sentimental esbozo –el primero, el más largo y personal de todos– que le dedicó en su *Recuerdos de España*, el cual remató así:

Allí [en el entierro del poeta] estaba todo Madrid, pagando su último tributo de lágrimas «al que mató a don Pedro, al que salvó a don Juan», al poeta legendario que mejor supo comprender e interpretar el carácter romanesco de su pueblo. Con Zorrilla no ha desaparecido un hombre, sino una generación a la que él sirvió de símbolo en los ideales del arte y de lo bello (Palma, 1899b, p. 147)<sup>38</sup>.

Avanzado en años y alejado de toda actividad laboral y literaria, salvo la de corresponder misivas, Palma colocó a Zorrilla entre los grandes hombres que en su prolongada existencia había conocido<sup>39</sup>.

38 Se publicó por primera vez, en Lima, en *El Comercio* del 27 de abril de 1895.

39 Cf. «Una visita al mariscal Santa Cruz. Reminiscencias históricas» (Palma, 1964b, p. 1418).

## ANEXO

### Zorrilla

Pisaba yo aún los claustros del colegio, allá por los años de 1848 a 1850, cuando los versos de Espronceda, Arolas y Zorrilla, entre los españoles, Lamartine, Musset y Víctor Hugo, entre los franceses, eran manjar delicioso para la juventud latinoamericana. Contrayéndome solo al cantor de *Granada*, diré que tan grande era el culto que le tributábamos, los por entonces humildísimos estudiantes, que toda nuestra estética se reducía a imitarlo, no solo en las bellezas sino hasta en las extravagancias de su musa juvenil, extravagancias que el gran poeta ha reconocido después, y confesado de plano, como pecados gordos, por los que solicitaba absolución misericordiosa. Toledo, a cuyo pueblo llamó *imbécil*, porque así lo pedía la sonoridad campanuda de un endecasílabo, y Larra, a quien calificó de *malvado*, acaso por exigencia de aciago consonante, se la habrán de buen grado concedido, en gracia a la sinceridad del arrepentimiento.

Eran aquellos los días en que el romanticismo, como escuela literaria, campaba ufano, y a Zorrilla se le estimaba como a uno de sus primeros y más esforzados mantenedores. ¿Qué mucho, pues, que, entre nosotros, hubiera jóvenes que aspiraran a imitarlo, no solo en la forma poética sino hasta en los detalles o pequeñeces individuales? En los retratos que de nuestro ídolo conocíamos, aparecía este endeble de cuerpo; con rostro casi infantil, cuidada perilla, y profusa y suelta cabellera, que descansaba sobre los hombros. En la *Bohemia de mi tiempo* he apuntado que Nicolás Corpancho, el más aventajado entre los imitadores de Zorrilla y que, físicamente, tenía también gran parecido con el bardo vallisoletano, dio en usar idéntico peinado. Día que mi malogrado colega marcó con piedra blanca entre los de su corta existencia, fue aquel en que recibió la primera carta de Zorrilla, agradeciéndole la dedicatoria del poema *Magallanes*. Esa carta corrió de mano en mano entre los bohemios, llamándonos no poco la atención el carácter de letra. La de Zorrilla era clara, de limpios perfiles, bien redondeada y elegante; letra clásica, a lo Palomares y Torío de la Riva. Y nosotros que nos imaginábamos que los románticos escribían patas de mosca o garrapatos ininteligibles, dimos en mejorar o reformar nuestra escritura.

De mí sé decir que debo a Zorrilla el beneficio de poseer letra legible sin esfuerzo. Mi amigo el general argentino Lucio Mansilla hizo en cierta ocasión reproducir, en un diario de Buenos Aires, una esquelita mía, a propósito de la cual dijo al periodista: “Te regalo el original. La letra material, verdadera plana, modelo de caligrafía, da envidia. Otros y nosotros podemos mirarnos en ese espejo, y convencerse todos de que es deber de cultura escribir con claridad”. Gracias a Zorrilla, que no a mí, por el culto piropo del amable polemista.

Mis relaciones epistolares con Zorrilla empezaron con motivo de un libro mío, del que le remitiera un ejemplar. Avisóme recibo con halagadoras frases, y solicitó le indicase la fuente donde había bebido ciertos datos. Desde entonces, cambiábamos, por lo menos, un par de epístolas al año.

Natural era, pues, que al día siguiente de mi llegada a Madrid, me encaminase a la calle de Santa Teresa, número 4, donde en el último piso, es decir, vecino al cielo, habitaba don José Zorrilla, en unión de su segunda esposa doña Juana Pacheco, granadina, que, antes de sufrir la mortal dolencia que hace años la aqueja, debió ser dama de fascinadora belleza.

Confieso que, al tornar el cordón de la campanilla, sentí la emoción del niño, yo que nunca he pecado por cortedad de genio. Era que el nombre y la persona del poeta despertaban en mi espíritu un mundo de recuerdos, y que Zorrilla continuaba para mí tan prestigioso y querido como en los días de la juventud. Casi tuve gusto al saber, por la criada, que el señor se encontraba en una casa vecina; pero que iría a llamarle si yo tenía urgencia de hablar con él. No acepté la buena voluntad de la muchacha, y la entregué una tarjeta, prometiéndome volver a subir el día siguiente la fatigosa escalera.

Eran las diez de la mañana, y me preparaba a dar con mis hijos un paseo matinal, cuando el criado del hotel me anunció una visita. Entró un anciano que, sin quitarse el sombrero ni pronunciar palabra, empezó por darme un abrazo.

– ¡iiiZorrilla!!! exclamé, adivinándolo por una de esas misteriosas intuiciones tan comunes en la vida.

– Él mismo, mi querido Ricardo, él mismo. Recibí ayer su tarjeta, y aunque olvidó usted anotar en ella su dirección, la hice preguntar a Tamayo. Gran prueba de cariño doy a usted viniendo a verlo. Vivo lejos de todos y de todo, a nadie visito y ni siquiera asisto a teatro alguno... verdad que tampoco me mandan ya billetes. Tengo la aprensión de que estos bultos y lacras de la cabeza no son para lucidos– y volviéndose a mi Angélica añadió –Excusa, hijita, que conserve el sombrero y que te hable de tú, como si fuera tu abuelo.

Eran para mi noble amigo motivo de tristeza frecuente los tumores del cráneo, que lo imposibilitaban para descubrirse. Así lo expresa en estos versos de una composición escrita veinte días antes del de su muerte:

Enfermedad ridícula, nativa, hereditaria,  
no menos dolorosa ridícula por ser,  
condéname ha tres años a vida solitaria;  
tal vez a vivir muchos aislado como un paria,  
del mundo a no ver nada, y a no dejarme ver.

Yo ya ni veo ni oigo lo que en el mundo pasa;  
los que con un estigma marcados cual yo están  
en sociedad no viven, y gozan en su casa  
lo que gozar les dejan o su ambición escasa,  
o su feliz carácter por todo sin afán.

¡Qué dos horas de más sabrosa plática las que pasamos! Zorrilla era un conversador muy entretenido, y hablaba con benevolencia hasta de sus enemigos. Del Perú solo le eran conocidos versos de Márquez, Salaverry, Llona y Cisneros. Me pidió y le di noticias sobre ellos. Me manifestó su predilección por Arnaldo Márquez, de quien conservaba en la memoria unas estrofas.

Declaro que yo oía como embelesado el elogio de mis compatriotas en boca del gran poeta. Hablaba de ellos con la ternura con que un padre habla de las gracias de sus hijos, y con el afecto del maestro para con los discípulos más aventajados.

Cuando en mi primer viaje a Europa, cediendo a petulante empeño mío, mi amigo el poeta argentino Hilario Ascasubi me llevó, en París, a

casa de Lamartine, a pesar de que estaba yo aún en plena mocedad, no experimenté emoción igual a la que ante Zorrilla sentía. En Lamartine, el hombre me desencantó a los cinco minutos. Me pareció un simple mortal, con levita negra y corbatín de cerda, uno de tantos que pasean el boulevard de la Magdalena. No correspondió a mi ideal, lo confieso.

En cambio, Zorrilla superó mi ideal. Yo lo escuchaba con verdadero arrobamiento, y mi espíritu estaba suspenso de sus palabras. Desde niño alimenté el deseo de conocerlo y estrechar su mano, y parecíame soñación verlo realizado. Allí, en mi cuarto de hotel, a pulgadas de distancia, estaba el poeta a cuyo genio tributé siempre culto entusiasta, y al abrazarme había sentido palpitar su corazón cerca del mío.

A las doce se despidió, negándose a almorzar conmigo. —Me espera la dieta del enfermo, dijo—. Estas palabras imposibilitaban toda insistencia por mi parte. Entonces contraí el compromiso de hacerle una visita semanal. —Sí, sí, repuso el ilustre anciano, cumpla religiosamente con el precepto de consolar al enfermo. Muchos amigos tengo, pero son pocos los que se acuerdan de visitarme.

Y besando paternalmente en la cabeza a mis hijos, se despidió de nosotros en el pasillo de la escalera.

\*\*\*

Llenando mi compromiso, iba cada ocho días a la calle de Santa Teresa. En una de mis primeras visitas me acompañó mi hija que llevaba, aparte del afecto por la persona del enfermo, el interesado propósito de arrancarle un autógrafo. Apenas formuló Angélica su deseo, cuando el galante Zorrilla se apoderó del album [sic], y en una de sus páginas del centro, escribió, en tres o cuatro minutos, este delicado romance:

En tu patria, la del Sol,  
te habló tu padre de mí,  
y por verme te antojaste  
no bien llegada a Madrid.  
Tu padre y yo nos quisimos  
siempre bien, y en tu país  
te diría él de mí algo

de lo que yo de él aquí.  
Mas ya me has visto y te he visto,  
y ¡oh peruano querubín!  
ya has visto bien que no soy  
lo que te han dicho que fui,  
ni más que un viejo ya inútil  
que, hoy, se tiene por feliz  
de abrazarte y bendecirte  
un día antes de morir.

Zorrilla, como lector de versos, no ha tenido rival entre sus contemporáneos. Favorecido por la limpieza de su órgano vocal, sacaba gran partido de las onomatopeyas y del eufonismo [sic] de las palabras. Era oírlo decir versos como escuchar una deliciosa melopea. Para él los versos eran como el teclado de un piano, y a los eptasílabos [sic] y endecasílabos les daba cierto misterioso ritmo musical que deleitaba infinito. Yo le rogaba siempre, antes de despedirme, que me pagase la visita con la lectura de alguna composición, y a pesar de que su voz estaba ya debilitada y sus facultades en decadencia, lo que de las dotes del lector quedaba era lo suficiente para adivinar la fascinación que, en sus oyentes, debió ejercer, allá en los días de entero vigor físico. Zorrilla nació en 1817.

—Si la muerte me da tiempo —me dijo en una tarde de diciembre, después de haber yo admirado las modulaciones que solo su garganta sabía dar a las magistrales octavas que sirven de introducción al poema *Granada* —quizá escriba un librito sobre el arte de leer versos. Entre tanto doy, de vez en cuando, algunas reglas a mi paisano Emilio Ferrari, que tiene excelentes facultades para lector.

Ferrari era, por entonces, el único poeta español que veía con frecuencia a Zorrilla. Y a fe que me pareció digno discípulo del insigne maestro, la noche en que lo oí leer unas quintillas en la tertulia de Concepción Jimeno, tertulia a la que concurrían, entre otros literatos, Teodoro Guerrero, Rafael García Santistevan, Luis Vidart, Julia Asensi, Lasso de la Vega, Giner de los Ríos, Melchor de Palau y Narciso Campillo.

El librito quedó en proyecto, pues la muerte caminaba de prisa.

\*\*\*

Por mucho que, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, se esfuerza por presentarse como hombre que de las supersticiones se burla, tengo para mí que don José Zorrilla, el inmortal poeta de la leyenda y de la tradición, llevaba encarnadas en su espíritu supersticiosas creencias. Él nos cuenta que la rotura de un espejo fue para él siempre precursora de un gran infortunio doméstico, el augurio de la muerte de sus padres, entre otros.

“Estoy felizmente libre de toda superstición; las conozco todas; de todas me he valido en mis escritos para hacer efecto sobre la imaginación de mis lectores; pero de todas me río, y me inspiran compasión los que creen o temen los agüeros y hechicerías”. Esto escribía Zorrilla en uno de sus libros, a propósito de un amorío romántico que, en sus mocedades, tuvo en París, con una dama chilena casada con un rico caballero inglés.

En una de mis visitas quise oír de la propia boca del galán la historia de ese amorío juvenil, no manchado por la impureza de los sentidos, y el bondadoso Zorrilla me hizo, con melancólico acento, el mismo relato que, sobre poco más o menos, me era conocido.

Zorrilla que, en su pubertad, fue sonámbulo y que, en su juventud, tomó casi a lo serio la quiromancia y la cartomancia, adquirió, en la tertulia que frecuentaba la señora de sus pensamientos, fama de nigromántico y taumaturgo. Una noche, la gentil dama, tendiéndole la mano izquierda desnuda del guante, le dijo: –A ver, Zorrilla, ¿qué encuentra usted en mi mano?–. El poeta, tomando la mano de la señora, la contestó: –Aquí no hay más que lo que mi deseo pone en este ósculo respetuoso: larga vida, ventura y salud bajo la bendición de Dios.

Cedamos la palabra a Zorrilla: “Amohinóse un tantico la voluntariosa chilena, y empeñáronse todos en que satisficiera su capricho de echarla las cartas. Barajé sonriendo, dila a cortar el naipe, cortó, creo que temblando, tendí siete cartas tapadas sobre la mesa, y la mandé voltear una. Volvió un as de copas. Y tornando yo a mezclar las seis cartas aún no vistas, volví a tenderlas descubiertas alrededor del as, apareciendo

en aquella combinación un agüero tan terrible como inverosímil. Notó ella, sin duda, la mala impresión que aquella combinación me había producido, y poniéndome en el hombro la diestra, me dijo: –¡Cuidado que quiero la verdad!–. –Pues bien, respondí yo, como la cosa es tan absurda, las cartas dicen que en estos siete días entrará la justicia en casa de usted por una muerte y se disolverá una familia–. Quedóse la dama un tanto pensativa, y echándose a reír, reímos todos. El sábado siguiente, a las diez, viendo que la dueña de casa llevaba a una señora al piano, pregunté: –¿No esperamos a nuestra hermosa chilena?–. Miráronme todos con asombro, y la señora exclamó: –¿Pero no sabe usted nada?–. –Nada; ¿qué hay?–. –Que su marido resbaló el miércoles al entrar en su casa, cayó de espaldas perdiendo el sentido, y espiró a las dos horas sin poder hablar ni hacer testamento. Y como la fortuna del marido está sujeta a no sé qué leyes inglesas, es la hija del primer matrimonio la que todo lo hereda–. No quise oír más. Una pesadumbre inmensa se apoderó de mi espíritu al conocer la desdicha de la mujer a quien yo amaba, y por quien concurría a la tertulia, y salí de la casa, y pasé aquella noche insomne, y pocos días después salí de París para no encontrarme con la que debía unir para siempre mi recuerdo al de su desventura. Yo no creo más que en Dios, y soy cristiano por convicción; pero la imagen de aquella hermosa chilena se conserva poética y melancólica en mi memoria”.

\* \* \*

El año nuevo de 1893 fue saludado por Zorrilla con unos alejandrinos, de aquellos que solo él acertaba a escribir, y en los que pasaba revista a las fiestas y congresos con que celebrado, en España, el cuarto centenario del descubrimiento de América. De ese último canto del cisne recuerdo estos versos:

Tal como el año venga le aguardaré sin miedo,  
sumiso, resignado, con el semblante ledo,  
y mientras tenga fuerzas le aguardaré de pie;  
ni lo que fue me angustia ni el porvenir me espanta,  
no sé más que hacer versos, y porque más no sé,  
mientras en pie me tenga con voz en la garganta,  
mis versos a mi patria y a Dios consagraré.

Visité a Zorrilla el 5 de enero, y lo encontré bastante agobiado por la enfermedad. Escribía, en ese momento, para un periódico literario de Madrid (creo que el *Blanco y Negro*) la siguiente confesión:

*Rasgo principal de mi carácter.* Haber llegado a viejo sin dejar de ser muchacho.

*Cualidad que prefiero en el hombre.* La firmeza para sufrir el dolor físico y para perdonar a los enemigos.

*Mi principal defecto.* El no saber hacer más que versos.

*Mi sueño dorado.* Borrar mi nombre en las nueve décimas partes de lo que he escrito.

*Lo que constituiría mi desgracia.* Vivir algunos años más.

*Color que prefiero.* El blanco, porque no tiene ninguno y los sufre todos.

*Mis prosistas favoritos.* Quevedo y Manzoni en *I promessi sposi*.

*Mis poetas favoritos.* Todos y ninguno.

*Mis compositores favoritos.* Escucho música de todos los maestros, y no los juzgo. ¿A qué amargarse los placeres puros?

*Manjares y bebidas que prefiero.* Las ostras de Ostende, los solomillos de ternera, el queso de Burgos, el vino de Chianti y el café de Bolivia.

*Lo que más detesto.* Las mujeres literatas desde Safo hasta... (aquí un nombre).

*El don de naturaleza que desearía tener.* Una memoria como la de Menéndez Pelayo<sup>1</sup>.

1 En la edición que empleo de su *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo* (Lima, 1899), la definitiva, Palma suprimió estas cinco respuestas de Zorrilla, insertas en las anteriores, v. gr. en la de *El Comercio*, seguramente por el motivo religioso presente en las últimas tres:

*Lo que quisiera ser.* Tonto y rico, y no, como soy, tonto y pobre.

*Héroes novelescos que más admiro.* Gargantúa y Bertoldo.

*Héroes que más admiro en la vida real.* Los mártires en los primeros tiempos del cristianismo.

*Nombres que más me gustan.* Jesús, María y José, en todas las lenguas que conozco.

*Reforma que creo más necesaria.* No dejar a la política desvirtuar a la religión.

No seré yo quien formule el más leve comentario sobre esta confesión, que es la de un moribundo, y en la que Zorrilla se exhibe con toda la candorosa ingenuidad del niño.

\*\*\*

La última vez que visité a Zorrilla fue el 20 de enero. –Esto se va, mi querido Palma, esto se va– me dijo con fatigoso acento, y me dio un abrazo: el de la despedida eterna. Zorrilla murió en la mañana del 23.

Pocos días antes, en el saloncito que le servía de escritorio y cuyas paredes estaban adornadas con tarjetas fotográficas, entre las que vi una de don Alfonso XII con cariñosa dedicatoria autógrafa al poeta, y muchas coronas, con las cintas empolvadas, obsequio de las municipalidades de Valladolid, Granada, Barcelona, Valencia y otras ciudades, al ver que yo desprendía una para examinarla más de cerca, me la quitó para limpiarla con un plumerillo, y me dijo con aire melancólico: –Ya lo ve usted, Ricardo, esto es la gloria del poeta... polvo. Eso será pronto también el dueño de la corona–. Me esforcé por distraerlo, y llevé la conversación a otro terreno: al recuerdo de sus buenos tiempos de tirador de pistola. Zorrilla tuvo, en su juventud, la destreza de no errar blanco, a treinta pasos de distancia, siendo el blanco monedas pendientes de un hilo. El tema, ya en su vejez, lo rejuvenecía y alegraba.

Gracias a Castelar que arrancó a las Cortes españolas una ley en favor del poeta, no fueron sus últimos años de abrumadora miseria. Zorrilla disfrutó de una pensión que alcanzaba a 7,500 pesetas al año, esto es, la mitad de la cesantía que España paga a quien ha sido ministro siquiera por veinticuatro horas.

El 25 fue el entierro solemne del gran poeta que encarnó todo un romántico pasado, presidiendo el duelo la Academia Española, en cuya sala de sesiones estuvo el cadáver en capilla ardiente. Desde la calle de Valverde hasta la Puerta del Sol, y atravesando desde esta por la Cuesta de la Vega hasta el cementerio de San Justo, era inmenso el gentío. Allí estaba todo Madrid, pagando su último tributo de lágrimas

*al que mató a don Pedro, al que salvó a don Juan:*

al poeta legendario que mejor supo comprender e interpretar el carácter romancesco de su pueblo. Con Zorrilla no ha desaparecido un hombre, sino una generación a la que él sirvió de símbolo en los ideales del arte y de lo bello.

En Palma, Ricardo. *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo*. Lima: Imp. La Industria, 1899, pp. 135-147.

## Referencias bibliográficas

Alonso Cortés, N. (1943). *Zorrilla. Su vida y sus obras*. 2ª ed. Valladolid: Lib. Santarén.

Basadre, J. (1971). *Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú, con algunas reflexiones*. Lima: Ediciones P. L. V.

\_\_\_\_\_. (2005). *Historia de la República del Perú (1822-1933)*. Lima: Orbis Ventures S. A. C. (*El Comercio*).

Carilla, E. (1967). *El romanticismo en la América hispánica*. 2ª ed. Madrid: Editorial Gredos.

«Catálogo de la exposición» (1934), en Sociedad Amigos de Palma. *Ricardo Palma 1833[-]1933*. Lima: Cía. de Impresiones y Publicidad, pp. 135-164.

Cisneros, L. B. (1939). «Reminiscencia de colegio», en su *Obras completas...*, mandadas publicar por el Gobierno del Perú, 2, pp. 361-366. Lima: Lib. e Imp. Gil.

«Funerales de Zorrilla». (11 de febrero de 1893). *El Día*, Madrid, ed. de la noche. Recuperado en julio 2020 de

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002327061&search=&lang=es>.

Gálvez Barrenechea, J. (1966). *Nuestra pequeña historia*, Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

García Barrón, C. (comp.). (1979). *Cancionero de la guerra hispano-peruana de 1866*, Miami: Ediciones Universal.

Holguín Callo, O. (7 de abril de 1980). «Corpancho, un año más joven». *El Comercio*, Lima, p. 2. Suscrito: *Pedro Perulero*.

\_\_\_\_\_. (1994). *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

\_\_\_\_\_. (2000). «Ricardo Palma y el 98: el problema cubano, el americanismo y el hispanismo». *Revista Complutense de Historia de América*. Madrid, 2000, 26, pp. 233-260.

\_\_\_\_\_. (2002). «Conciencia de la historia y romanticismo literario en el Perú», en Guerra Martinière, Margarita; Oswaldo Holguín Callo y César Gutiérrez Muñoz (eds.). *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. 1, pp. 649-674. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

\_\_\_\_\_. (2014). «Palma y la literatura de Francia: una aproximación». *Aula Palma*, N° 13, pp. 381-404. Lima.

\_\_\_\_\_. (2017). «Zorrilla y los románticos peruanos (Palma, Corpancho e Ingunza)». *Boletín de la Real Academia Española (BRAE)*, jul.-dic. 2017, 97: 315, pp. 267-298, Madrid.

Márquez, J. A. (1861). «*Cánticos del Nuevo Mundo*, por D. Fernando Velarde. Nueva York, 1860». *Revista del Pacífico*, 1861, 5, pp. 5-18. Valparaíso.

Martínez Riaza, A. (2004). «El Dos de Mayo de 1866. Lecturas peruanas en torno a un referente nacionalista (1860-1890)», en Mc Evoy, Carmen (ed.). *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*, pp. 391-419. Frankfurt: Vervuert, y Madrid: Iberoamericana.

Mellado, F. de P. (23 de diciembre de 1854). «*Revista Española de Ambos Mundos*. Publicada por Mellado. Con la colaboración de los señores...». *El Heraldo de Lima*, p. 3.

Menéndez y Pelayo, M. (1948). *Historia de la poesía hispano-americana*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes... Santander: Aldus S. A. de Artes Gráficas.

Miró, C. (1953). *Don Ricardo Palma, el patriarca de las tradiciones*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Monguió, L. (1967). *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*. Madrid: Castalia.

\_\_\_\_\_. (1976). «Polémica Palma-Perillán Buxó, Lima, 1878». *Kentucky Romance Quarterly*, 23: 3, pp. 377-389, Lexington.

Navas Ruiz, R. (1995). *La poesía de José Zorrilla. Nueva lectura histórico-crítica*. Madrid: Editorial Gredos.

Osorio, G. M. (2017). «El Ramillete: semilla moral para el bello sexo de la Lima decimonónica (1853)». *Boletín de la Biblioteca Nacional del Perú*, nov., 99, pp. 18-73, Lima.

Oviedo, J. M. (2012). *Historia de la literatura hispanoamericana*. 2 (*Del romanticismo al modernismo*). Madrid: Alianza Editorial.

Palma, A. (6 de febrero de 1926). «Álbum de retratos». *Variedades*, 936, (5) p. Lima.

\_\_\_\_\_. (1933). *Ricardo Palma*. Buenos Aires: Ediciones Argentinas Cóndor.

\_\_\_\_\_. (1995). *Álbum de autógrafos de Angélica Palma*. Edición + introducción S. F. Rench. Lima: Visual Service S. R. L.

Palma, R. (1855). *Poesías*. Lima: Imp. de J. M. Masías. Suscrito: Manuel Ricardo Palma.

\_\_\_\_\_. (1899a). «La bohemia de mi tiempo. 1848 a 1860. (Confidencias)», en su *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo*, pp. 1-72. Lima: Imp. *La Industria*.

\_\_\_\_\_. (1899b). «Recuerdos de España. 1892 a 1893», en su *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo* cit., pp. 73-222.

\_\_\_\_\_. (1899c). «Zorrilla», en su *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo* cit., pp. 135-147; y en *Ricardo Palma, correspondencia de El Comercio*. Introducción [por] Aurelio Miró Quesada S. Recopilación: Héctor López Martínez, 1991, pp. 97-108, Lima: *El Comercio*.

\_\_\_\_\_. (1899d). «Neologismos y americanismos», en su *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo* cit., pp. 223-309.

\_\_\_\_\_. (1911). *Poesías completas*. Barcelona: Casa Editorial Maucci.

\_\_\_\_\_. (1912). *Armonías. Libro de un desterrado*. París y México: Lib. de la Vda. de Ch. Bouret.

\_\_\_\_\_. (1949). *Epistolario*. Lima: Editorial Cultura Antártica S. A.

\_\_\_\_\_. (1964a). *Cartas inéditas de don Ricardo Palma*. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte, S. J. Lima: Carlos Milla Batres.

\_\_\_\_\_. (1964b). *Tradiciones peruanas completas*. Edición y prólogo de Edith Palma... 5ª ed. Madrid: Aguilar.

\_\_\_\_\_. (1992). *Cartas a Cristina de su esposo Ricardo Palma*. Prólogo de Estuardo Núñez. Lima: Municipalidad de Miraflores y Patronato de la Casa de Ricardo Palma.

Porras Barrenechea, R. (1934). «Palma romántico», en Sociedad Amigos de Palma. *Ricardo Palma 1833[-]1933*, pp. 77-122. Lima: Cía. de Impresiones y Publicidad.

\_\_\_\_\_. (1963). *Fuentes históricas peruanas. (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Instituto Raúl Porras Barrenechea).

Prado Chirinos, J. (1974). *Los primeros cinco años de El Comercio (1839-1843)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Instituto Raúl Porras Barrenechea).

Rama, Carlos M. (1982). *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina. Siglo XIX*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Riva-Agüero y Osma, J. de la. (1905). *Carácter de la literatura del Perú independiente. Tesis para el bachillerato en Letras*. Lima: E. Rosay.

Rubio Cremades, E. (2013). «Hispanoamérica y España a mediados del siglo XIX. El editor Francisco de Paula Mellado y la *Revista Española de Ambos Mundos*». *Anales de Literatura Española*, 25, pp. 317-339. Alicante.

Sánchez, L. A. (1973-1975). *La literatura peruana. Derrotero para una historia cultural del Perú*. Cuarta edición y definitiva. Lima: P. L. Villanueva.

Sociedad Amigos de Palma. (1934). *Ricardo Palma 1833[-]1933*. Lima: Cía. de Impresiones y Publicidad.

Sotomayor Martínez, E. (comp.). (2017). *Pensar en público. Las veladas literarias de Clorinda Matto en la Lima de la posguerra (1887-1891)*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.

Ugarte Chamorro, G. (1976). *Ricardo Palma, autor teatral*. Separata de *San Marcos*, ene.-mar., 14, pp. 127-166, Lima.

Varillas Montenegro, A. (2005-2006). «Fernando Velarde y su aparición dentro del romanticismo peruano». *Aula Palma*, 2005-2006, 5, pp. 243-267, Lima.

Zorrilla, J. (1847). *Obras de D. José Zorrilla*. Con su biografía por Ildefonso de Ovejas. 2. París: Baudry, Lib. Europea. Recuperado en jul. 2020 de <https://books.google.com.pe/books?id=f5Hvm5gH56kC&dq=Obras%20de%20D.%20Jos%C3%A9%20Zorrilla&pg=PP7#v=onepage&q&f=true>

\_\_\_\_\_. (1852). *Obras dramáticas de Don José Zorrilla*. Con *Obras poéticas de Don Ramón Campoamor*. México: Boix, Besserer y Compañía, Biblioteca Universal Económica.

\_\_\_\_\_. (20 de diciembre de 1854). «Poetas americanos colaboradores del *Nuevo Eco de Ambos Mundos*». *El Heraldo de Lima*, 249, p. 2.

\_\_\_\_\_. (1858). *Don Juan Tenorio. Drama religioso-fantástico en dos partes*. Madrid: Lib. de Pablo Valverde, y Lima: Lib. Hispano-Francesa.

Recibido el 15 de agosto de 2020

Aceptado el 15 de septiembre de 2020